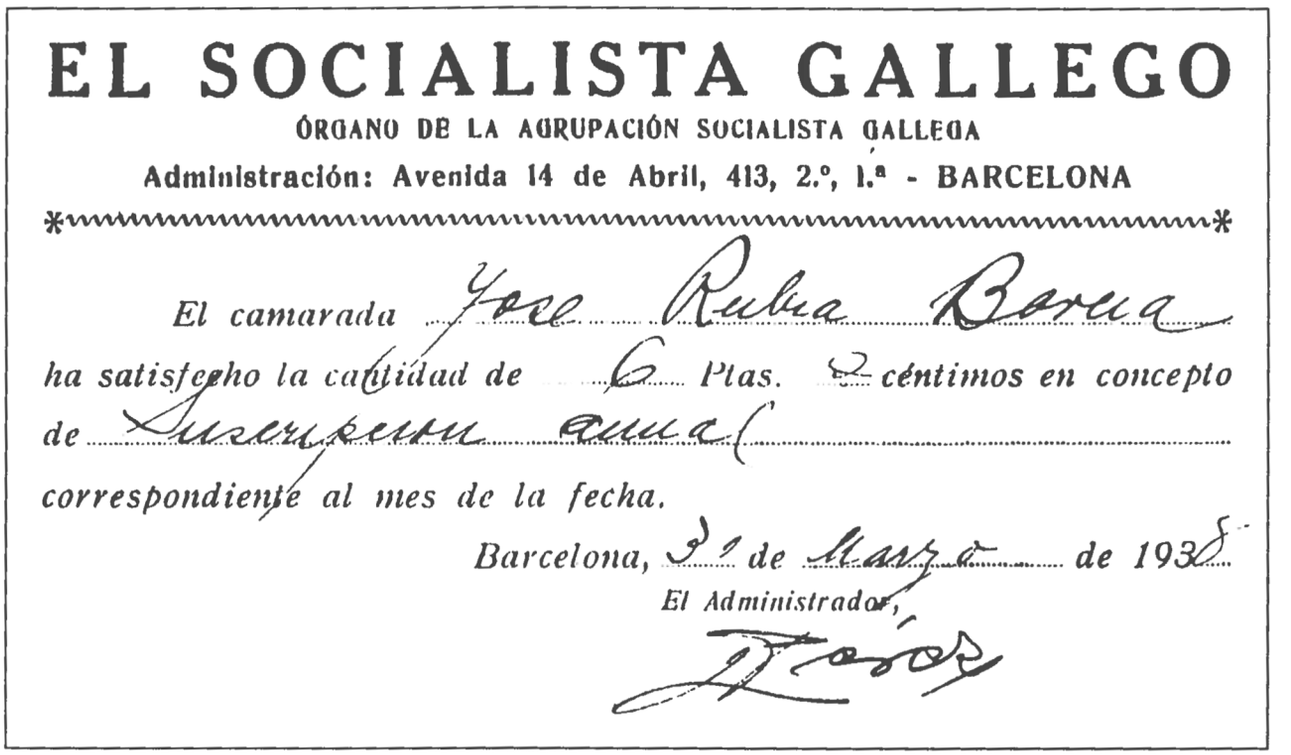
JOSÉ RUBIA BARCIA: FRAGMENTOS DE UNA CONVERSACIÓN (1985)

EN UNA TRANQUILA tarde del verano de 1985, en la casa mugardesa de su cuñada Lola Alejos, mantuve con José Rubia Barcia una larga conversación de casi tres horas, que registré en cinta magnetofónica, con destino a un artículo-entrevista en el que glosaría la vida, la personalidad, la obra y el pensamiento de nuestro admirado maestro y amigo. Como tantas veces sucede, la revista que había aceptado aquel trabajo cerró antes de que yo lo tuviese listo; aunque nunca llegué a comentarlo con él, sospecho la decepción de José al comprobar que pasaban los meses (y los años) y no aparecía aquella entrevista, a la que había accedido amablemente y muy ilusionado. Como saben quienes tuvieron la fortuna de conocerle, una de las cosas que más le dolía era el injusto silencio y el desconocimiento (entonces más que ahora) que creía percibir respecto a su obra: de ello habla en varios momentos de esta conversación.

Para enmarcarla, quiero referir brevemente mi relación con *Sé* (como le llamaban familiarmente); por razones personales y familiares, le había conocido en Mugardos diez años antes, en el verano de 1975. Su nombre ya me era conocido como el de un prestigiosísimo hispanista exiliado, autor de trabajos fundamentales sobre literatura española, especialmente sobre Valle-Inclán; yo preparaba entonces un ensayo sobre los cuentos de don Ramón y me atreví a pedirle su dictamen acerca de mi borrador. Hablamos de Valle, de literatura, de España, de su historia lejana y próxima; advertí entonces con cierta sorpresa algo que nuestra posterior relación confirmaría sin renunciar a los temas *académicos* era evidente su preferencia a tratar de otras cuestiones; preferentemente, las políticas. Vivíamos entonces un periodo crucial de nuestra historia reciente y la compartida preocupación por la situación del país en aquellos estertores del franquismo justificaba esos temas de conversación; pero el paso del tiempo y los cambios sucedidos no modificaron —antes bien, la incrementaron— tal tendencia; en esta conversación de 1985 hay abundantes muestras de ello: sus palabras adquieren un tono más entusiasta y apasionado cuando discurren por derroteros históricos y políticos (los años de la República, la Guerra Civil, el franquismo y el postfranquismo) o al evocar episodios de su peripecia vital (el temprano compromiso político, la lucha contra el fascismo, los campos de prisioneros en Francia, el exilio en América, la aventura con Buñuel en Hollywood, la Universidad); todo ello a pesar de mis esfuerzos para que la entrevista —según la publicación a que estaba destinada— se ocupase más de sus trabajos y estudios literarios.

Aunque había regresado a España varias veces en los veranos anteriores, ese viaje de 1985 tenía para él una importancia especial: tras más de cuarenta años de su marcha, esta visita no era estrictamente privada ni de índole familiar, pues venía oficialmente invitado por la Universidad de Santiago de Compostela —por especial empeño del Profesor Darío Villanueva, presidente del Comité organizador—, para dictar una lección



EL SOCIALISTA GALLEGO

ÓRGANO DE LA AGRUPACIÓN SOCIALISTA GALLEGA

Administración: Avenida 14 de Abril, 413, 2.º, 1.ª - BARCELONA

El camarada José Rubia Barcia

ha satisfecho la cantidad de 6 Ptas. 2 céntimos en concepto

de Suscripción anual

correspondiente al mes de la fecha.

Barcelona, 3 de Marzo de 1936

El Administrador,

Documento "El Socialista Gallego".

en el Congreso Internacional en el centenario de Rosalía; como él mismo se encargó de recordar, aquella era su primera intervención pública en Galicia desde su exilio de 1939; la segunda, pocos días después (y especialmente emotiva, tanto para él, como para los familiares y amigos que le escuchamos), fue en Ferrol, la ciudad que —como recuerda en esta entrevista— tanta importancia tuvo en su formación cultural, personal y política. Ese mismo verano participó en otros congresos, cursos y seminarios en San Sebastián, Bilbao, Madrid, Santander... (El año anterior había intervenido —aunque la experiencia no había resultado muy satisfactoria— en un curso de verano sobre poetas del exilio español en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander, heredera de aquella en la que había estado como estudiante becario cincuenta años antes).

La conversación que aquí recuerdo tuvo lugar, pues, en días muy especiales para él: aunque tardíamente, todo aquello significaba la recuperación del vínculo injustamente quebrado en 1939; si la historia de España hubiese transcurrido por otros derroteros, José Rubia Barcia habría sido (como Salinas, Guillén, Américo Castro, Sánchez Albornoz y tantos otros) Catedrático —acaso no de Literatura española, sino de Literatura árabe— en alguna de nuestras universidades y su magisterio nos habría llegado directamente, a través de su presencia, y no mediante los trabajos y libros que —con alguna dificultad— habían circulado entre nosotros.

De mutuo acuerdo, la entrevista fue más una disertación suya que coloquio a dos: mi esfuerzo se limitó a suscitar o provocar sus recuerdos, que deliberadamente quise centrar en su aventura vital. Pero también procuré que completase sus remembranzas con consideraciones y juicios acerca de cuestiones que, por lo que yo sabía, le importaban muy especialmente: España, su historia y su política, la juventud, Galicia, la cultura, la Universidad, la sociedad norteamericana... El resultado —por su brillante exposición, su prodigiosa memoria, sus atinadísimos comentarios, sus apasionados juicios, su fina ironía— es un fascinante discurso, de obligado rescate. A la espera de transcribir y publicar íntegramente aquella densa grabación, he seleccionado para este artículo tres momentos, que organizo según sus asuntos y reproduzco literalmente, sin otras modificaciones que las estilísticamente imprescindibles.

1931: Del Instituto de Ferrol a la Universidad de Granada: El nacimiento de la vocación política

"Cuando yo estudio mi bachillerato, aquí en Ferrol, el director del Instituto era un señor que se llamaba Vicente Losada, hombre de gran sensibilidad, que me abrió los ojos a cosas que yo no tenía idea de que existían siquiera: me abre puertas al pensamiento, me pone en contacto con gente que se plantea problemas relacionados con aspectos fundamentales de la vida. Cuando termino mi bachillerato, el Gobierno de la República había dispuesto que aquellos estudiantes que, a juicio de sus maestros, tuviesen cualidades relevantes, podrían ser propuestos por el Claustro del Instituto al Ministerio de Instrucción Pública como candidatos a una beca para estudiar en la Universidad que quisieran, sin gasto ninguno, ni de matrícula ni de libros. Así que un día me llama don Vicente Losada para decirme que el Claustro ha elegido mi nombre y que el Ministerio ha aceptado su propuesta, de modo que puedo ir a estudiar a donde me dé la gana.

Yo había hecho el bachillerato en cuatro años: cuando llegué al tercero mi padre me había dicho: "Hijo mío, ya tienes 16 años; ¿no sería mejor que hicieses una carrerita corta y pudieses ganarte la vida? Para nosotros es difícil mandarte a una Universidad para que puedas estudiar." Entonces decidí, para no ser carga para la familia, terminar el bachillerato en un año y metí todas las asignaturas de cuarto, quinto y sexto de un golpe. Ese fue el factor determinante, quizá, de la actitud del Claustro de Instituto; porque me dieron Sobresaliente y Matrícula de Honor en todas las asignaturas.

Entonces decidí ir a Granada; podía haberme quedado en Madrid, pero aquello me asustó: yo era un chico pueblerino, solo en una gran ciudad... Mi padre era oriundo de Granada y tenía familia allí... Pero, ¿qué hago, qué estudio? Todavía no tenía la beca y decidí matricularme en Medicina y, a la vez, en el año común de Derecho y Filosofía y Letras. Durante siete u ocho meses asistí a las clases en las dos facultades: la Medicina me horrorizó muy pronto y me consagré al año común, aunque dudaba si hacer Filosofía y Letras o Derecho. Pero me encontré con una Facultad de Filosofía y Letras excepcional: empecé a estudiar Historia del Arte, Introducción a la Literatura, Arabe, Hebreo... me sentía a gusto con estos estudios. Aunque era un mundo ajeno y extraño para mí, lo hacía con entusiasmo y con gusto: me asombraba todo lo que era novedoso e importante... y a la vez me creaba un cierto complejo de inferioridad; yo me decía: "Esta gente sabe tanto, estos profesores tan sabios... ¿qué hago yo aquí, qué voy a hacer yo con esto?"; yo no era hijo de familia rica, era absurdo que me dedicara a una profesión en la que no había futuro ni porvenir. Desde muchacho yo era muy aficionado a la lectura, leía muchísimo: mi padre tenía una pequeña biblioteca y me la leí toda. De modo que parecía que aquello que estudiaba entraba un poco en mis verdaderas inquietudes.

Pero aún no me habían pagado la beca. Entonces interviene una especie de hado o destino o casualidad: el Rector de la Universidad era gallego, don Alejandro Otero, figura prominente del socialismo español, hombre ejemplar en muchos sentidos. Y me fui a ver a don Alejandro, que me recibió enseguida, como gallego (yo era el único estudiante gallego en aquella Universidad; lo que, por otra parte, fue otra experiencia: los andaluces se reían de mí, de mi acento, era una especie de ameba en aquel ambiente...) Don Alejandro me recibió muy cordialmente, le expliqué la situación y me dijo: "Mira, vete ahora y yo me ocuparé de esto". Luego me enteré que al día siguiente había cogido su auto y se había ido a Madrid al Ministerio; volvió y me mandó una notita diciendo que mi asunto estaba resuelto y que recibiría mi primer sueldo a fines de mes. Inmediatamente voy a darle las gracias, como es natural; llego a la antesala y un bedel me dice. "Don Alejandro no quiere verte, dice que te vayas, que no tienes nada que agradecerle...". Yo quedé un poco desconcertado porque no estaba acostumbrado a esto; salí de allí diciéndome: "¿Qué clase de hombre es este que, después de que se molesta, hace todo esto por mí, no quiere que le dé las gracias". Esa fue mi primera relación con un hombre que era socialista y que era gallego; un hombre ejemplar y admirado, el mejor ginecólogo de España, muy conocido en el extranjero, que escribía ensayos en alemán para revistas científicas y al mismo tiempo era un hombre consagrado a la política y al socialismo.

Don Fernando de los Ríos (estábamos en el primer año de la República) que era el teórico del socialismo, ya se había trasladado a Madrid como Ministro de Instrucción Pública. Inmediatamente yo conocí, por estas conexiones de don Alejandro, a la familia de Fernando de los Ríos, conocí a la familia de Lorca, conocí el

Rubia Barcia en los años 50.

ambiente granadino... Y poco a poco fue abriéndose mi inquietud hacia el terreno político, por simpatía hacia estos hombres, más que por convicciones: yo no tenía ninguna convicción política. Cuando era estudiante, había en Ferrol un Centro Obrero de Cultura: obreros de la construcción, todos socialistas también; en la calle Real, frente a lo que era la redacción de El Correo Gallego, *en un primer piso, tenían una biblioteca de varios miles de volúmenes y un bibliotecario ejemplar. Yo me hice socio del Centro Obrero de Cultura, y allí iba todas las tardes, al salir de las "permanencias" del Instituto; el bibliotecario, que era muy inteligente, me facilitaba instrucción y orientación: allí leí a Kropotkin, a los anarquistas, a Bakunin... Pero yo no sabía por qué, yo no tenía la menor idea de por qué me atraían estas cosas... Allí me formé: la conciencia política se inició allí; luego, en Granada, eso cuaja en contacto con Alejandro Otero, con las lecciones de Fernando de los Ríos, con la Unión General de Trabajadores...*

En el año 34 se produjo la Revolución de Asturias y yo hice una excursión estudiantil por Extremadura que me afectó muchísimo. Vi cómo los campesinos extremeños, los jornaleros que trabajaban en los latifundios, ganaban entonces una peseta cincuenta céntimos al día; y todas las bellotas que dejaban las piaras de marranos al pasar podían recogerlas para hacer pan de bellotas... Aquello me impresionó: la miseria humana me afectó mucho. Se confirmaban mis tendencias a pensar en términos de redención de la gente pobre, de dedicarme si podía a la política para salvar a esta gente".

1934: Estudiante en la Universidad Internacional de Santander y director del diario socialista *La Región*

"En 1933 nace la Universidad Internacional de Santander, fundada también por Fernando de los Ríos. Cada Universidad tenía la posibilidad de enviar dos becados por Facultad; la mía propuso a Molero (que luego sería jesuita) y a mí; fuimos en el verano de 1934. La Universidad Internacional fue una experiencia inolvidable para mí: era una Universidad integrada por gente de prestigio internacional, estudiantes de diversos países y un ambiente extraordinario de conferencias, de discusiones en los pasillos... Fue el año en que se le rindió un homenaje a Unamuno, que estuvo allí; y también Gaos, Ortega, Zubiri...

Había allí un gallego, Nieto Pena, cronista del periódico El Cantábrico; *pero* La Región, *que era el órgano socialista, no tenía nadie en la Universidad y a mí se me ocurre: "¿Y por qué no hago yo crónicas de esto, de la Universidad, y de las cosas de las que este señor no se ocupa me ocupo yo en el otro periódico?" Entonces voy a la redacción y me dicen que Malumbres, el director, estaba en la cárcel; fui a verlo, le dije quién era, que pertenecía a la Agrupación [socialista] de Granada y que me gustaría hacer crónicas de la Universidad Internacional. Y me dijo: "Mira, el periódico está ahora muy mal... Hazte tú cargo de él si quieres". Allá me fui, con la tarea de hacer parte de* La Región, *comunicándome con él en la cárcel; y empiezan a aparecer crónicas mías, algunas firmadas como XERUBA [anagrama de XEpe RUbia BArcia], otras sin firmar. Allí llegó Lorca (a quien yo conocía de Granada) con La Barraca... La experiencia fue para mi asombrosa, de estímulo, de ponerme en contacto con otras gentes... Tuve incluso un alumno, un hombre algo mayor que yo, a quien daba clase de español, director de la casa sueca en la Sorbona y que pudo haber jugado en mi vida un papel importantísimo, al venir la guerra... Me había dicho: "Si alguna vez quieres venir a Suecia, me lo dices, y ya verás que te encontraremos un puesto en Upsala o donde sea".*

La experiencia de Santander fue inmensamente favorable, el contacto con un mundo ajeno... Yo tenía entonces veinte años y una tremenda energía; estaba bien de salud y dedicaba todo mi tiempo a esos quehaceres... (y a otros que no menciono...) Tenía un impulso casi ciego... Hay cosas que uno no puede explicar: las hace y no sabe por qué.

(Tras esta evocación de la Universidad Internacional de Santander en los años treinta, le pregunto por su opinión acerca de la actual "Universidad Internacional Menéndez Pelayo", que se reclama continuadora de aquella, a la que ha vuelto cincuenta años después):

"No puedo ser objetivo en relación con esa comparación; de modo que mi juicio está teñido por una experiencia desagradable (...) Llegué a Santander y me quedaban los edificios; fui al Aula Magna, donde yo había oído a Unamuno, donde estuve rodeado de gente que me interesaba mucho, excitado con tanta ciencia, tanta literatura, tanta filosofía. El tema del año 34, en que yo estuve, era "La crisis del siglo XX": todo giraba alrededor de la crisis del pensamiento,

la crisis de la filosofía, la crisis del arte; fue un curso fascinante en todos los aspectos, estimulante a más no poder (...) y que me ha influido para siempre: la experiencia de adquirir conciencia... de la transformación histórica que se producía en el siglo XX (que para mí fue crisis de crecimiento, no crisis de angustias ni de pesares, ni de negación): aquello era una cosa grande... Como lo era la España de la República; se abrían grandes perspectivas: por primera vez los jóvenes participábamos en la vida política, con un entusiasmo extraordinario, teníamos fe en el futuro, todo se preparaba y parecía que por fin España iba a cuajar en un gran país de nuevo. Era la culminación de todo el proceso, desde la Restauración hasta ese momento; la República significaba borrón y cuenta nueva; aprovechábamos la experiencia inmediata: "y ahora... el mundo es nuestro". Estábamos llenos de entusiasmo por España, por sus posibilidades..."

1975-1985: La España reencontrada

"Cuando se me invitó a colaborar en Cuadernos para el Diálogo, *yo renuncié: no podía creer en la posibilidad de diálogo entre lo que yo sentía o pensaba y lo que ocurría en el interior de estas gentes que proponían tal diálogo. Algunos de ellos y yo hemos sido —y somos— amigos; tengo correspondencia con Aranguren y cuando voy a Madrid, como con él, porque lo considero una bellísima persona... pero no pude estar de acuerdo con su actitud de convivencia y olvido. Yo no podía hacer eso, me lo impedían mis entrañas, no mi cabeza. De modo que mis vueltas a España han sido todas más de sufrimiento, diría, que de conmiseración por la problemática de la vida española, por muchas razones.*

Es este el primer viaje de los que he hecho a España, en que me he encontrado con jóvenes; no con gente mayor, sino con jóvenes con los que me he entendido perfectamente. Los jóvenes con quienes he estado en contacto en San Sebastián, en Bilbao, en Santander, en Madrid y aquí me han devuelto la fe en España. Pero lo anterior, no. Nada: no importa que haya sido gente que ha luchado, que se ha arrepentido, que ha cambiado... es gente con la que no he podido entenderme. Puedo tener con ellos una conversación cordial, pero no confusión de sentimientos, simpatía profunda, esperanza en ellos; la he perdido hace ya muchos años y no podría recobrarla".

(No me atrevo a apostillar esa declaración: sean esas dolidas palabras las que cierren mi recuerdo de José Rubia Barcia; así pensaba y se expresaba en 1985. En los años siguientes vendría el paulatino reconocimiento de su personalidad y de su trabajo, las ediciones y reediciones de algunos libros suyos, los homenajes ferrolanos... Aunque no estoy seguro de que ello llegase a corregir aquel su desengañado escepticismo: para mí, una de sus más admirables virtudes).